

SALVADOR FONTENLA BALLESTA

LA GUERRA DE MARRUECOS

(1907-1927)

Historia completa de una guerra olvidada



La guerra de Marruecos comprendió todas las campañas militares desarrolladas entre 1907 y 1927 en el país africano. Veinte años de tensiones continuas que desembocaron a lo largo de este periodo en acontecimientos bélicos emblemáticos como Larache, Xauen, Alhucemas o la derrota de Abd el-Krim. Este libro de Salvador Fontenla, uno de los máximos especialistas militares en historia de la guerra, refleja por primera vez y con total precisión y exhaustivo rigor, la historia completa de dos décadas de enconados combates por el mantenimiento del estatus colonial español en la región.

A mi abuelo Pedro Fontenla Maristany, marino de guerra, que participó en las campañas de Marruecos. Estuvo a bordo del crucero Princesa de Asturias en el bombardeo de aduanares enemigos en Alhucemas el 18 de octubre y el 4 de noviembre de 1911. A bordo del cañonero Lauria, en el cañoneo del 13 y 15 de abril de 1921 de zocos y casas de rebeldes. Estuvo en la evacuación de Sidi Dris y Afrau, el desembarco en la Restinga de agosto, el bombardeo de la costa para la toma de Sidi Amazan, la protección del desembarco en Cabo de Agua con fuego de cañón; el 6 de septiembre en el bombardeo e incendio de poblados de la zona de Targa, en diciembre en el cañoneo de la costa de Sidi Mesaud para proteger el avance de las fuerzas propias y la toma de la meseta de Tiquerman, Yazanen y Tifazor. El 30 de marzo de 1925, al mando del guardacostas Uad Targa, participó en el desembarco en la playa de Alcazarseguer, transportando tropa de Regulares, y el 30 de octubre en el bombardeo de la costa de Morro Nuevo para proteger el avance de las tropas españolas.

Agradecimientos

Al profesor Luis E. Togores, por animarme a escribir esta obra y por sus consejos; a Juan Antonio Gómez Martínez, que ha confeccionado los mapas y por la corrección del texto, y a Joaquín Sánchez Rincón por sus observaciones al texto y aportaciones fotográficas.

1

INTRODUCCIÓN

¿Campañas de Marruecos o guerra de Marruecos?

Las operaciones bélicas llevadas a cabo por España entre los años 1907 y 1927 en Marruecos dieron lugar a una serie de campañas militares, con el objeto de intervenir, junto con Francia, para pacificar y modernizar el decadente sultanato marroquí, según los acuerdos adoptados en el Acta de la Conferencia Internacional de Algeciras de 1906, completada con el Convenio Francoespañol de 1912, por los que ambas naciones regularon sus acciones respectivas sobre el Protectorado de Marruecos.

Jurídica y políticamente es inapropiado denominar al conjunto de estas campañas «Guerra de Marruecos», porque no hubo declaración formal de guerra y porque España no estuvo, durante esos años, en guerra con ese país; y aunque todas las campañas tuvieron un objetivo estratégico común, antes citado, no hubo un plan predeterminado.

La guerra implica un rompimiento formal de la paz entre dos o más naciones, y esto no ocurrió en el siglo XX entre España y el sultanato de Marruecos. Todo lo contrario, las intervenciones francesas y españolas tuvieron como finalidad pacificar y someter a la obediencia del sultán marroquí a las cabilas (tribus) rebeldes a su autoridad.

España había tenido otras guerras con Marruecos, las dos últimas en tiempos del rey Carlos III y la reina Isabel II.

Carlos III declaró la guerra, por un decreto fechado el 23 de octubre de 1774, ante el inminente ataque del sultán Muley Muhamad ben Abdalalh (1757-1790) a nuestras plazas africanas de Melilla, Ceuta y los peñones de Alhucemas y de Vélez de la Gomera; y finalizó con el tratado de Tánger de 30 de mayo de 1780. La otra fue declarada por el Congreso de los Diputados español, el 22 de octubre de 1859, con el beneplácito de Francia y Gran Bretaña, por las agresiones de marroquíes a Ceuta; y finalizó con el Tratado de Paz de Uad Ras (Wad Ras), el 24 de abril de 1860.

Una campaña militar se puede definir como una serie de operaciones, relacionadas entre sí, para lograr un objetivo estratégico, en un tiempo y espacio determinados. Esta definición se adapta perfectamente, en todos los aspectos, a lo que fue la intervención militar de España en la ocupación y pacificación de la zona de responsabilidad española, acordada en el citado Convenio Francoespañol (1912). El Servicio Histórico Militar, consecuente con este criterio, publicó entre los años 1947 y 1981 la *Historia de las Campañas de Marruecos* en cuatro volúmenes.

La denominación de un conflicto bélico no es asunto baladí. Imponer el más apropiado es una baza propagandística y psicológica muy importante, a escala nacional e internacional, para legitimarlo o deslegitimarlo. Así podemos poner por ejemplo las guerras santas (cruzada o *yihad*), guerras de liberación, independencia o la Gran Guerra Patriótica de la URSS en la Segunda Guerra Mundial. El nombre de Guerra de Marruecos para nuestra intervención en el Protectorado ha sido utilizado de forma torticera para acusar a España como agresora contra los indefensos cabileños o, paradójicamente, contra el propio sultanato de Marruecos.

La calificación de guerra o campañas de Marruecos es, por otro lado, geográficamente excesiva, porque la mayor parte del territorio marroquí fue zona de Protectorado francés. Sería más apropiado llamarlas guerras o campañas «de

pacificación de la zona de Protectorado español», o bien hacerlo por regiones geográficas: de Yebala, Lucus, Gomara y Rif. Y en todo caso, guerras o campañas «en Marruecos», debido a que fue allí donde se desarrollaron los combates, pero nunca contra el sultanato marroquí.

El título de esta obra es, a pesar de las consideraciones anteriores, *La guerra de Marruecos (1907-1927)*, por las siguientes razones:

1. El vocablo guerra es polisémico y comprende toda especie de luchas, combates o conflictos bélicos, no solo en los que ha habido declaración formal de guerra.
2. Guerra y campaña han sido conceptos sinónimos en el léxico militar, y así lo consideró el general José Almirante en su célebre *Diccionario militar* (1869).
3. Historiográficamente ha sido utilizado en otras ocasiones anteriores.
4. El esfuerzo nacional empeñado (recursos humanos y financieros); la envergadura y complejidad de algunas operaciones, como el desembarco de Alhucemas; los elementos bélicos más modernos de la época puestos en juego (aviación, carros de combate, agresivos químicos, etc.); la tenacidad de las harcas de las cabilas insumisas, formadas por excelentes guerreros, y lo inhóspito del terreno y clima donde se desarrollaron los combates, hacen apropiado el nombre de guerra para comprender la descripción y las características de todas estas campañas.

Las campañas para la pacificación de la zona del Protectorado español fueron complejas y poliédricas, no solamente por las mutuas interacciones entre las actividades políticas y militares, sino por la complicada estructura social y política de las cabilas norteafricanas y por desarrollarse la acción, prácticamente durante todas las campañas, en territorios geográficamente separados, con idiosincrasias dife-

rentes y con mandos militares con gran autonomía (Melilla, Ceuta y Larache). La política interfirió en el desarrollo de las operaciones militares, que tuvieron fuertes repercusiones en la política nacional española.

Este libro se ha estructurado, para facilitar la narración y su comprensión, por campañas anuales, en el antiguo sentido de un año de guerra, recogido en el *Diccionario* de Almirante [1869]: «Antiguamente cuando se tomaban cuarteles de invierno y la guerra se hacía con intervalos, campaña significaba un año de guerra».

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

El Estrecho de Gibraltar se comporta geopolíticamente como una válvula que une cuatro globos de presión, enfrentados de dos en dos: Europa al norte y África al sur, el Mediterráneo al este y el Atlántico al oeste. La presión, política y militar, empuja en un sentido o en otro, en función del desequilibrio de fuerzas entre los respectivos globos enfrentados. Cánovas del Castillo (1828-1897), el político español más influyente de la segunda mitad del siglo XIX, expuso en su libro *Apuntes para la Historia de Marruecos* (1860) cuál debería ser la política española en el Norte de África:

Así sucederá por todos los tiempos mientras una nación europea no ponga el pie en esas playas casi indefensas y ponga un dique invencible a las invasiones de las tribus bereberes del interior. Cuál será esa nación, no lo sabemos. Pero hay una ley histórica que hemos venido observando a través de los siglos en el Magreb-Alacsa, la cual dice claro que el pueblo conquistador que llegue a dominar en una de las orillas del Estrecho de Gibraltar, antes de mucho tiempo dominará en la orilla opuesta. Esta ley no dejará de cumplirse. Y si no hay en España bastante valor o bastante inteligencia para anteponerse a las otras naciones en el dominio de las fronteras playas, día ha de llegar en que sucumba nuestra in-

dependencia, y nuestra nacionalidad desaparecerá quizás para no resucitar nunca. Ahí enfrente hay para nosotros una cuestión de vida o muerte; no vale olvidarlo, no vale volver los ojos a otras partes; el día de la resolución llegará, y si nosotros no atendemos a resolverla, otros se encargarán de ello de muy buena voluntad. En el Atlas está nuestra frontera natural, que no en el canal estrecho que junta el Mediterráneo con el Atlántico; es la lección de la antigua Roma.

Edades Media y Moderna

La Edad Media se inauguró con la invasión árabe de la Península (711), pero con fuerzas berberiscas, procedentes del Norte de África, que destruyeron el reino visigodo, rompieron la unidad política peninsular y provocaron un radical cambio cultural, de religión, idioma y costumbres.

El califato de Córdoba, desde Abderramán III (891-961), consiguió establecer un Protectorado en el norte del Magreb, a modo de glacis defensivo. La caída del califato cordobés (1013) propició las sucesivas invasiones de la Península por los imperios bereberes de almorávides, almohades y benimerines.

La llegada al Estrecho de Gibraltar de la Reconquista cristiana peninsular permitió que los reinos de Castilla y Aragón acordaran, en el tratado de Monteagudo (1291), que el río Muluya fuera el límite entre ambas coronas, en sus proyectos de dominio del Norte de África.

La llegada del reino de Portugal a su frontera natural sur (1249) y su consolidación ante la presión de Castilla, le permitió buscar la expansión por ultramar. La conquista castellana del reino nazarí de Granada (1492) supuso un cambio de sentido de la presión militar en el Estrecho y entrar en colisión por competencia con Portugal. Ambos reinos, en consecuencia, convinieron por el Tratado de Cintra (1509) la división de África en dos zonas, reservadas para sus respectivas expansiones allende el Estrecho, separadas por el

meridiano que pasaba por el Peñón de Vélez de la Gome-
ra; la zona oriental era para España y la occidental para Por-
tugal.

Portugal ocupó, entre otras, las plazas de Ceuta (1415),
Alcazarseguer (1458), Tánger (1471), Arcila (1471) y Agadir
(1500). España ocupó Melilla (1497), Mazalquivir (1505),
Orán (1509) y Argel (1510), con la intención de contener la
expansión portuguesa y las depredaciones de los piratas
berberiscos. Estas posesiones se mantenían siempre en la
costa sin penetrar hacia el interior.

Las injerencias inglesa y francesa

La debilidad provocada por la Guerra de Sucesión espa-
ñola (1700-1714) fue aprovechada por Inglaterra para la
usurpación del Peñón de Gibraltar (1704) en nombre del
pretendiente Carlos III de Austria. Supuso una catástrofe
para España, que todavía perdura, porque distorsionó el
equilibrio de fuerzas en el Estrecho; Inglaterra, como po-
tencia naval, impuso su vector de fuerza desde el Atlántico
al Mediterráneo, consiguiendo erigirse en el árbitro de la si-
tuación geoestratégica del Estrecho de Gibraltar.

Francia empezó su expansión colonial africana en el si-
glo XIX. Organizó una expedición en 1830 contra Argel, con
el pretexto de castigar un agravio inferido por el sultán de
esa ciudad al cónsul francés en ella, pero con la intención
de conquistar el reino. Tras tomar Argel, ocupó Orán (1831)
y Tremecén (1836); y desde entonces comenzaron las rivali-
dades entre Inglaterra y Francia para la posesión de territo-
rios africanos. El siguiente paso del expansionismo imperia-
lista francés era Marruecos, porque se le suponían inmen-
sas riquezas y era un mercado potencial más importante
que Túnez y Argelia.

Francia declaró la guerra a Marruecos en 1844, a causa
de unos incidentes fronterizos, y después del bombardeo

de Tánger por una escuadra naval, derrotó al ejército marroquí, más numeroso pero peor equipado y adiestrado. El gobierno francés consiguió imponer al sultán marroquí Muley Abd al-Rahman (1822-1859) un oneroso tratado de difícil cumplimiento, porque la autoridad del sultán no era reconocida, en la práctica, en los territorios fronterizos. La debilidad de Marruecos quedó en evidencia ante el resto de las potencias extranjeras y su porvenir como nación independiente se tiñó de incertidumbre.

La intervención extranjera sobre los asuntos económicos de Marruecos, en especial de Francia y Gran Bretaña, fue en aumento, y fue ejercida por los respectivos cónsules. El Reino Unido impuso, en 1856, un tratado comercial que llevó a sus manos la economía del sultanato, porque se suprimieron los derechos arancelarios, se levantó la prohibición de exportar lana, grano, ganado y minerales, y a cambio, Marruecos se convirtió en un importante mercado de los productos europeos, principalmente de Gran Bretaña, situación que Francia y España trataron de equilibrar cuanto antes.

La ocupación definitiva de las islas Chafarinas por España

Las islas Chafarinas deben su nombre al vocablo árabe *yafar* (ladrón), y están situadas frente a Cabo de Agua. Eran territorio *nullius* (sin dueño anterior) y ya España había tomado posesión temporal de ellas en 1774. Los navíos de gran porte las utilizaban como refugio, cuando había fuertes temporales y no podían atracar en Melilla.

Su ocupación efectiva no se había llevado a cabo debido a la falta de agua potable en ellas, que hacía difícil mantener tropas estacionadas y que personal civil se asentara allí. Francia, que había comenzado la ocupación colonial de Argelia en 1830, puso sus ojos en el pequeño archipiélago, ubicado a 21 kilómetros de la frontera argelina y 47 de Me-

lilla. El gobierno español de la reina Isabel II, informado de las intenciones galas, decidió adelantarse y ocuparlas de forma definitiva, lo que se llevó a efecto el 6 de enero de 1848, mediante una expedición naval que se anticipó por horas a la ejecución de los planes franceses. Luego se estableció una guarnición de forma permanente y se comenzaron a construir aljibes, edificaciones, etc.

En 1857 el ejército francés erigió un fuerte en la frontera entre Argelia y Marruecos, cerca del río Muluya y próximo a las islas Chafarinas, a pesar de estar explícitamente prohibido según el tratado franco-marroquí de 1845.

La guerra de África (1859-1860)

España y Marruecos firmaron el Tratado de Paz de 1845, por el que se asignaba a la plaza de Ceuta una extensión de unos 2 kilómetros cuadrados. Este tratado se completó con la Convención de Tetuán de agosto de 1859, que definía los nuevos límites de las plazas de Ceuta y Melilla y, al tiempo, trataba de evitar los frecuentes hostigamientos a las posesiones españolas norteafricanas, así como las agresiones a los barcos que se acercaban a las costas magrebíes.

Los españoles trataron de construir un fortín fuera de las murallas de Ceuta, para cumplimentar la Convención de Tetuán, pero los moros fronterizos se opusieron, de manera que las obras que se levantaban de día las destruían de noche. En una ocasión, arrancaron un escudo heráldico de piedra con las armas de España y lo arrojaron al mar. Las reclamaciones diplomáticas para que cesaran los hostigamientos y que los agresores tuvieran un castigo ejemplar no surtieron efecto, por lo que el gobierno de Madrid envió un ultimátum al sultán de Marruecos Muhammad IV (1859-1873).

España consultó con las cancillerías europeas su intención de declarar la guerra a Marruecos si no satisfacía las exigencias del gobierno. Las contestaciones fueron positivas, incluso la de Gran Bretaña, a pesar de que hizo la salvedad de la ocupación permanente de Tánger, porque «sería incompatible con la seguridad de Gibraltar». España declaró la guerra a Marruecos el 24 de octubre de 1859, con la aprobación de todos los partidos políticos. El nuevo sultán respondió con la *yihad* contra España. El general O'Donnell, presidente del Gobierno, se hizo cargo del mando del Ejército de Operaciones, y esto supuso la unidad de mando político y militar.

La finalidad de la campaña se limitaba a conseguir la satisfacción de los agravios recibidos y que ocasionaron la guerra. En caso de conquistarse alguna plaza, la ocupación sería temporal. El plan de maniobra del general O'Donnell era ejecutar una operación rápida, contundente y simultánea sobre Tetuán y Tánger.

Esta guerra tuvo gran acogida en todo el mundo del arte durante su desarrollo y en los años inmediatos. Sirvió de caja de resonancia para exaltar los ánimos y el patriotismo de la opinión pública. Destacaremos, entre otras muchas, la crónica narrativa de Pedro Alarcón *Diario de un testigo de la Guerra de África*, las obras de los pintores Esquivel y Fortuny y abundantes piezas de teatro y poesías escritas con mayor o menor fortuna.

La movilización y proyección de fuerzas

Las intenciones operativas para actuar con rapidez fueron un fracaso. El sistema de movilización demostró ser deficiente, y también resultaron insuficientes las capacidades de los medios de transporte, que impidieron la proyección de la fuerza y de sus apoyos logísticos según el plan previsto. La concentración de fuerzas en Ceuta duró casi un mes

y medio, con la pérdida de toda posibilidad de conseguir la sorpresa. El general O'Donnell tuvo que resignarse a atacar solamente Tetuán.

La primera línea ferroviaria española empezó a construirse en el año 1837, en la entonces provincia española de Cuba, y en la Península fue en 1848, la de Barcelona a Mataró. Esta incipiente red ferroviaria fue utilizada para el transporte de tropas hacia los puntos de concentración, y se tendieron los primeros carriles en África, para el transporte de materiales y mercancías desde el río Martín a Tetuán.

La primera fase de la campaña consistió en una marcada actitud defensiva, con la construcción de reductos exteriores, a los que el enemigo atacaba constantemente de frente y por los flancos. Llegó a realizar incluso un ataque en fuerza con gran decisión y orden, con la intención de envolver todo el despliegue español por el norte.

La táctica del ejército marroquí

El ejército marroquí estaba compuesto por unos 50 000 soldados, que eran magníficos para la guerra irregular, pero incapaces de soportar el choque en campo abierto contra unidades regulares europeas. Su artillería no constituía una amenaza real para la española, ya que esta era más moderna, numerosa y mejor mandada.

La táctica del ejército marroquí solía ser siempre la misma. Todas sus tropas adoptaban un despliegue de media luna, si tenían los efectivos necesarios, con objeto de envolver con sus extremos al enemigo. La artillería ocupaba el centro, y la infantería se situaba en torno a ella y en las alas.

La caballería cubría todo el frente de la media luna. Una línea galopaba hacia el enemigo para hacer una descarga de espingardas cuando se encontraba a la distancia de tiro, y luego se replegaba para dejar paso a otra línea similar de

caballería, todo con la finalidad de desmoralizar, desgastar y dislocar al enemigo. Siempre que fuera posible, eludía el choque cuerpo a cuerpo.

Trataban de fijar el frente del adversario, y la media luna se iba cerrando hasta convertirse en círculo encerrando al enemigo. Cuando su ataque no tenía éxito, ocurría al contrario, la curva se aplanaba y se disipaba por sus alas. Las dificultades para una dirección unificada no les permitían dar variedad a su maniobra. Otra opción era simular una retirada para atraer al adversario a una emboscada. Sin embargo, carecían de suficiente disciplina y se retiraban sin tener hora fija, sin seguir órdenes y no de forma concertada. Los guerreros marroquíes marchaban a los combates desprovistos de equipos y alimentos, esto les proporcionaba ligereza, pero les obligaba a retirarse pronto del campo de batalla, acosados por la sed y el hambre.

Las acciones más peligrosas y en las que se mostraban más hábiles eran los hostigamientos, emboscadas y golpes de mano, característicos de la guerra de guerrilla. En estos casos, los marroquíes combatían siempre en pequeños grupos aislados. Apoyándose en su conocimiento del terreno y en la habilidad con que saben aprovecharlo las guerrillas, preludiaban la lucha con un tiroteo y aguardaban el ataque enemigo, ocultos y diseminados entre la maleza. Atacaban desde lejos, en toda la línea que ocupaban, generalmente muy extensa.

Nada tan molesto para un ejército regular como este enemigo, todo movilidad, que se agita en torno suyo. Cuando los marroquíes aparecían, se los veía en mil sitios a la vez; cuando huían, se dispersan en todas direcciones. Avanzan y retroceden con agilidad, se retiran ante el invasor y le dejan ocupar el terreno, pero cuando este se repliega, las posiciones que había tomado son invadidas de nuevo.